

CLÁSICOS  
A MEDIDA



# Ana, la de Tejas Verdes

Lucy Maud Montgomery

ANAYA

CLÁSICOS  
A MEDIDA

---



Ana,  
la de Tejas Verdes  
Lucy Maud Montgomery

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles  
Ilustraciones de Davide Ortu

ANAYA

Para la dinamización en el aula de esta adaptación de *Ana, la de Tejas Verdes*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en [www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente Muñoz Puelles, 2023  
© De la ilustración: Davide Ortu, 2023  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2023



ISBN: 978-84-143-3447-8  
Depósito legal: M-28775-2022  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

## ÍNDICE

---

Introducción . . . . .	5
Capítulo I. La señora Lynde se lleva una sorpresa. . . . .	19
Capítulo II. Matthew Cuthbert se lleva una sorpresa . . . . .	27
Capítulo III. Marilla Cuthbert se lleva una sorpresa . . . . .	35
Capítulo IV. Despertar en Tejas Verdes. . . . .	41
Capítulo V. La historia de Ana. . . . .	45
Capítulo VI. Marilla toma una decisión . . . . .	51
Capítulo VII. Ana reza una oración . . . . .	57
Capítulo VIII. Empieza la educación de Ana. . . . .	61
Capítulo IX. La señora Lynde se horroriza . . . . .	67
Capítulo X. Las disculpas de Ana . . . . .	73
Capítulo XI. Ana opina sobre la escuela dominical. . . . .	79
Capítulo XII. El juramento. . . . .	83
Capítulo XIII. La ilusión de la espera . . . . .	89
Capítulo XIV. La confesión de Ana . . . . .	93
Capítulo XV. Tempestad en la escuela . . . . .	99
Capítulo XVI. Ana invita a Diana a merendar . . . . .	107
Capítulo XVII. Un nuevo interés por la vida . . . . .	113
Capítulo XVIII. Ana salva una vida . . . . .	119
Capítulo XIX. El festival, un desastre y una confesión . . . . .	125



## La señora Lynde se lleva una sorpresa



La señora Lynde vivía justo donde el camino principal de Avonlea se adentraba en una pequeña hondonada, atravesada por un arroyo que nacía en los bosques de la antigua casa de los Cuthbert. El arroyo era rápido y revoltoso en su tramo anterior, pero al llegar a las posesiones de la señora Lynde se amansaba y se convertía en un riachuelo tranquilo y bien encauzado, quizá por respeto a la propia señora, que casi siempre estaba sentada junto a su ventana, vigilando todo lo que pasaba, fuesen arroyos, niños o adultos, y preguntándose por qué discurrían por allí y para qué.

En Avonlea, un pueblecito de la Isla del Príncipe Eduardo<sup>1</sup>, hay, como en otros muchos lugares, gente capaz de desatender

---

<sup>1</sup> La Isla del Príncipe Eduardo es la provincia más pequeña de Canadá. Situada entre Nuevo Brunswick y Nueva Escocia, su capital es Charlottetown. Tiene una superficie de 5660 km<sup>2</sup> y, en la actualidad, alrededor de 157000 habitantes. Destaca su suave clima, que hace que los inviernos sean más cálidos que en el resto del país, y los veranos más frescos.

sus propios asuntos para implicarse en los de su vecino. Pero la señora Lynde no tenía que desatender nada. Era perfectamente capaz de ocuparse al mismo tiempo de sus cosas y de las ajenas. No solo mantenía su casa en orden. Además, dirigía el Círculo de Costura, ayudaba en la escuela dominical y era la principal valedora de la Sociedad de Ayuda a la Iglesia y a las Misiones Extranjeras. Y aún encontraba tiempo para sentarse a tejer durante horas ante la ventana de su cocina, mientras observaba con atención el camino principal, que tras cruzar la hondonada subía serpenteando por la empinada colina.

Allí estaba sentada una tarde de principios del mes de julio. Los rayos de sol entraban por la ventana, cálidos y brillantes. El huerto de la ladera sobre la que se había erigido la casa estaba cubierto de flores blancas y rosadas, y miles de abejas zumbaban en él. Thomas Lynde, un hombrecillo apocado y tranquilo, a quien la gente de Avonlea llamaba simplemente «el marido de Rachel Lynde», estaba allí sembrando nabos. Y Matthew Cuthbert también debería estar sembrando nabos en su campo, junto a Tejas Verdes, porque así se lo había ella oído decir casualmente la noche anterior, en la tienda de William Blair. Y no por voluntad propia, ya que Matthew Cuthbert era un hombre muy callado, sino porque el tendero le había preguntado por la siembra.

Sin embargo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde, conduciendo plácidamente por el camino. Iba ataviado con su traje de los domingos, prueba de que se disponía a salir de Avonlea, y llevaba su carruaje y la yegua alazana<sup>2</sup>, señal de que se proponía recorrer una distancia considerable. Pero ¿dónde iba Matthew Cuthbert y por qué?

---

<sup>2</sup> *Alazán*: de color rojizo, parecido a la canela. Por extensión, caballería de este color.

«Me acercaré a Tejas Verdes para ver si Marilla me cuenta dónde ha ido su hermano», pensó Rachel Lynde. «Matthew no acostumbra salir de la aldea en esta época del año y nunca visita a nadie. De haberse quedado sin semillas, no iría vestido así y tampoco habría cogido el carruaje. Por otra parte, iba demasiado despacio para ir en busca del médico. Averiguaré qué ha pasado».

Poco después, la señora Lynde se puso en marcha. No necesitaba alejarse. La casa de los Cuthbert estaba apenas a un kilómetro y medio de la hondonada de los Lynde, aunque la pendiente hacía que la distancia pareciese mayor.

A la hora de construir su residencia, el padre de los hermanos Cuthbert, un hombre tan tímido y reservado como su hijo, se había alejado tanto como había podido de sus vecinos, sin llegar a adentrarse en los bosques. Había construido Tejas Verdes en los confines de sus tierras y allí seguía, apenas visible desde el camino principal donde se asentaban, con un claro sentido de vecindad, las otras casas de Avonlea.

«No me extraña que Matthew y Marilla sean tan raros, viviendo tan lejos de los demás», se dijo Rachel Lynde mientras caminaba. «Los árboles no proporcionan mucha compañía, aunque quizá a ellos les baste con eso. Yo prefiero ver a la gente y relacionarme con ella. Los Cuthbert parecen contentos con su forma de vivir, aunque supongo que es porque se han acostumbrado».

La señora Lynde abandonó el camino y pasó al jardín trasero de Tejas Verdes, que estaba bien ordenado y parecía muy limpio, como recién barrido. Dio unos golpes muy suaves en la puerta de la cocina y esperó a que la invitasen a entrar. Marilla Cuthbert estaba tejiendo, sentada junto a la ventana, y tras ella se veía la mesa dispuesta para la cena. Antes de cerrar la puerta tras de sí, la señora Lynde ya había anotado mentalmente todos los objetos que yacían sobre la mesa. Como había tres platos,



dedujo que Marilla debía estar esperando que Matthew volviese acompañado. Pero eran los platos de uso diario, y solo había mermelada de manzana agria y un tipo de pastel, lo que le hizo suponer que la compañía que aguardaba no debía de ser extraordinaria. Entonces, ¿a qué venían la ropa elegante de Matthew y la yegua alazana?

—Hola, Rachel —dijo Marilla decididamente—. Siéntate, anda. Qué tarde tan buena, ¿verdad?

Entre Marilla Cuthbert y Rachel Lynde existía desde siempre algo que, a falta de otro nombre, podía llamarse amistad, pese a que las dos mujeres eran muy diferentes, o quizá a causa de eso mismo. Marilla era una mujer alta y delgada, de rasgos angulosos. Su cabello oscuro dejaba ver algunas canas y siempre lo llevaba recogido en un moño apretado, que sostenía con dos horquillas. Parecía, y lo era, una mujer de mentalidad estrecha y firmes convicciones. Pero, en ocasiones, un movimiento casi imperceptible de sus labios indicaba cierto sentido del humor.

—Nosotros estamos bastante bien —dijo Rachel—, pero no sabía cómo estaríais vosotros. Hace un rato he visto pasar a Matthew con el coche y he pensado que igual iba a traer al médico.

—Oh, no, yo estoy bien —contestó Marilla—. Matthew ha ido a Bright River, a recoger a un niño de un orfanato de Nueva Escocia<sup>3</sup>, que llega en el tren de esta tarde.

La señora Lynde enmudeció al instante. ¿Estaría Marilla riéndose de ella?

—No lo dirás en serio, ¿verdad, Marilla? —preguntó al recobrar la voz.

—Sí, por supuesto —dijo su amiga, como si acoger niños

---

<sup>3</sup> Nueva Escocia es una de las Provincias Marítimas Orientales de Canadá. Con capital en Halifax, su superficie es de 55 284 km<sup>2</sup>, y una población cercana al millón de habitantes.

de los orfanatos de Nueva Escocia fuese algo habitual en cualquier granja de Avonlea.

Rachel Lynde seguía impresionada.

—¿Puedo saber quién os ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó con un tono de desaprobación.

Estaba molesta porque ni siquiera le habían pedido consejo.

—Bueno, lo hemos estado pensando durante un tiempo —explicó Marilla—. La señora Spencer se pasó por aquí un día antes de Navidad y nos dijo que en primavera le enviarían a una niña del orfanato de Hopeton. Su prima vive allí, y la señora Spencer lo ha visitado y sabe cómo funciona. Así que Matthew y yo lo pensamos y nos decidimos por un chico. Habrás observado que Matthew se está haciendo mayor. Ya ha cumplido los sesenta, y no se mueve con la agilidad de costumbre. Además, su corazón le preocupa. Y ya sabes lo difícil que resulta contratar a alguien. Nadie se presta, salvo algún chico medio salvaje y poco espabilado. Y, cuando has conseguido que aprendan algo y que se acostumbren al trabajo, nos dejan y se van a las fábricas de conservas de langostas o a los Estados Unidos. Así que al final decidimos pedirle a la señora Spencer que, cuando fuese a recoger a su pequeña, nos trajera un muchacho. La semana pasada supimos que iría y le mandamos una nota, pidiéndole un niño de unos once años, lo bastante mayor como para ayudarnos en algunas tareas y lo bastante joven como para poder educarlo. Queremos darle casa y educación. Hoy el cartero nos ha traído un telegrama de la señora Spencer, diciéndonos que llegarán en el tren de las cinco y media de la tarde. Así que Matthew ha ido a Bright River. La señora Spencer, que sigue en tren hasta White Sands, dejará al chico en la estación.

La señora Lynde se preciaba de decir siempre lo que pensaba.

—Mira, Marilla. Creo que estáis cometiendo un terrible error. Es más, corréis un gran riesgo. Vais a dejar entrar a un chico extraño

en vuestro hogar sin saber nada de él, ni qué carácter tiene, ni quiénes fueron sus padres. La semana pasada, sin ir más lejos, leí en el periódico que un matrimonio del oeste de la isla, que había adoptado a un niño del orfanato, tuvo suerte de no morir quemado en su propia cama, porque una noche el niño les incendió la casa a propósito. Si me hubieras pedido consejo, algo que desafortunadamente no hiciste, te habría dicho que renunciaras a esa idea.

Aquellas palabras no parecieron desanimar a su amiga.

—No digo que no tengas razón, Rachel. Yo misma he tenido mis dudas. Pero, como Matthew parecía firmemente decidido, accedí. Es raro que Matthew se empeñe en algo. Y, en lo que respecta a los riesgos, siempre los hay. Tampoco los hijos propios resultan siempre como sus padres esperan.

—Bueno, espero que todo salga bien —dijo la señora Lynde—, pero si el chico incendia Tejas Verdes o echa estricnina<sup>4</sup> en el pozo, no me digas que no te lo advertí. Oí algo sobre un huérfano que envenenó a sus protectores en New Brunswick y toda la familia murió tras una horrible agonía. Solo que en aquella ocasión fue una niña.

—Bueno, eso sí que no va a pasarnos a nosotros —objetó Marilla, como si envenenar pozos fuese una tarea exclusivamente femenina.

A la señora Lynde le hubiera encantado quedarse más tiempo, hasta que Matthew regresara con el huérfano. Pero calculó que aún tendría que esperar dos horas largas, y decidió irse a casa. Así que se marchó, para alivio de Marilla, que sentía renacer sus dudas.

—¡Y pensar que va a haber un niño en Tejas Verdes, donde nunca los hubo! —exclamó la señora Lynde de vuelta en el sendero, cuando ya nadie podía oírla—. Matthew y Marilla ya

---

<sup>4</sup> *Estricnina*: alcaloide muy tóxico presente en la nuez vómica.

eran mayores cuando se construyó la nueva casa. Y cuesta creer que ellos mismos hayan sido niños alguna vez. ¡Pobre huérfano, sea quien sea! No me gustaría estar en su lugar.

La señora Lynde dijo todo aquello en voz alta y mirando a los rosales silvestres. Pero, si hubiera visto a la jovencita que esperaba pacientemente en la estación de Bright River en aquel preciso momento, su compasión habría sido aún más intensa.





Marilla y Matthew, los hermanos Cuthbert, deciden adoptar a un chico para que los ayude en las tareas de la granja familiar. Cuál no será su sorpresa cuando, en lugar del huérfano que esperaban, aparece una niña pelirroja con una desbordante imaginación y una alegría contagiosa. Ana llegará a Avonlea y cambiará para siempre la vida de los hermanos y de todos los que se cruzan con ella. Una traducción y adaptación de la novela original que conserva fielmente la intención y el estilo con los que L. M. Montgomery la escribió.

